

**ROSA BLASCO**

**FATALIDAD**



MAEVA | NOIR

# Escenarios de la novela





# 1

EL ATAÚD ESTABA perfectamente dispuesto en el pasillo central de la iglesia. La familia del difunto, como es costumbre, aguardaba a que comenzara la misa funeral en la primera fila del templo, colocados uno al lado del otro con gesto en apariencia compungido. Simonetta Brey había decidido asistir *in extremis* cuando Sergi la llamó para comunicarle que él sí iba a acudir, y que opinaba que ella debía hacer lo mismo. Lo habitual era que tanto la doctora como el enfermero dieran el pésame por teléfono al familiar más cercano del paciente días después del fallecimiento de este. No se acercaban al tanatorio ni a la iglesia, en primer lugar, porque en una consulta de Atención Primaria las defunciones son algo habitual y, en segundo, porque si daban sus condolencias en persona y en público a una de las familias, las demás podrían molestarse si no se hacía lo mismo con ellas, máxime cuando vivían en un lugar como Ciudadela, donde todo el mundo se conoce.

En esa ocasión, sin embargo, la muerte de Laureano Dolz tenía un significado especial para ellos dos.

—Doctora, ¿no cree que nosotros tenemos parte de responsabilidad?

A Simonetta Brey le dio un vuelco el corazón. Tan solo unos días antes, en la masía de los Dolz Tudurí la Policía Nacional había organizado un careo múltiple en el que participaron los principales sospechosos de las muertes de dos miembros de la

familia. Esta maniobra, orquestada en buena parte por la doctora Brey, médico de familia, forense e investigadora en sus ratos libres, con la ayuda de Sergi, su enfermero, permitió identificar al culpable. Laureano, el patriarca, ya estaba delicado de salud, pero nadie sospechó que el estrés del momento, con sus allegados a punto de ser encausados como potenciales autores de dos crímenes execrables, podría causarle tanto dolor como para originarle un infarto de miocardio fatal. Y así sucedió.

—Tienes razón —reconoció la doctora con pesar—. Algo hemos tenido que ver en el inesperado final de este hombre. Confiamos en que esta sea la última muerte en la familia por mucho tiempo.

Una vez decidida su asistencia, no se dieron prisa en llegar; no tenían intención alguna de saludar a los acompañantes de los Dolz Tudurí en el funeral, entre ellos, con seguridad, más de uno de sus propios pacientes. Como habían calculado, ya no quedaba nadie en la calle, aunque las puertas de la iglesia permanecían abiertas. Lo primero que a Simonetta le llamó la atención fue el hecho de que no estuvieran todos los bancos ocupados. El finado no era natural de Ciudadela, pero sí su viuda, Consuelo Tudurí, y también sus hijos y su nuera. Tan solo con parientes, amigos y conocidos, ¿no tendrían que haberse llenado? Sergi y ella se sentaron en la última fila, detrás de cuatro bancos vacíos. Reinaba un silencio denso. Al cabo de unos pocos minutos, empezó a oírse algún cuchicheo aislado, al principio con discreción, pero luego de forma evidente, al tiempo que muchos volvían la vista atrás a la espera de alguien que debía entrar por la puerta principal. Automáticamente, los dos sanitarios los imitaron, pero nadie apareció por el umbral del templo.

Cada segundo que pasaba, el murmullo iba *in crescendo* hasta casi convertirse en el guirigay de un gallinero.

Entre los que se impacientaban, Simonetta reconoció a Pity, la madre de una administrativa de Canal Salat, el centro de salud

donde trabajaban, quien salía de la sacristía con semblante de preocupación. Esta echó un vistazo a la iglesia y, al percatarse de la presencia de la doctora, recorrió uno de los pasillos laterales hasta llegar a su lado.

—¿Se ha enterado? El padre Eladio tenía que venir a celebrar el funeral y aún no se ha presentado. ¿No lo habrá visto usted? ¿Sabe dónde está? —Simonetta negó con la cabeza. Conoció al sacerdote precisamente en la masía de los Dolz Tudurí y había coincidido con él en varias ocasiones. En una de ellas, durante un breve vuelo entre Menorca y Palma de Mallorca, el joven clérigo le confesó un delicado episodio de su vida, la relación de amistad que lo había unido a Marianne, la nuera de los Dolz Tudurí, fallecida en extrañas circunstancias. Estaba muy ligado a la familia—. Se hacen cruces de por qué no ha llegado todavía. Ya ve, con el difunto en cuerpo presente.

Tras cerciorarse de que la doctora tampoco sabía nada sobre el paradero del oficiante, Pity regresó a su lugar en uno de los bancos, no sin antes informar a Simonetta de que acababan de llamar a la parroquia para que algún otro eclesiástico solucionara el grave problema que se le presentaba a la familia en semejante circunstancia.

—Además —concluyó Pity—, como la muerte de Laureano fue tan repentina, ni siquiera pudo recibir la extremaunción.

Por fortuna, todo el mundo está hoy en día muy bien comunicado y, unos diez minutos más tarde, entraba en la iglesia a toda prisa otro sacerdote, que, en un pispás, se vistió en la sacristía, ofició la ceremonia y bendijo a los presentes.

A la salida, cuando el féretro ya estaba dentro del coche fúnebre, tanto Sergi como Simonetta se acercaron a dar el pésame a los Dolz Tudurí. Comenzaban a caer algunas gotas de lluvia y se había levantado tramontana, por lo que la gente se daba prisa en dar sus condolencias. Nadie mencionaba ya al padre Eladio ni a sus presuntos «novillos», y el enfermero y la doctora,

después de saludar a la familia, se apresuraron a abandonar el lugar para alcanzar cuanto antes la plaza des Born, donde habían aparcado.

—¡Doctora Brey! ¡Simonetta! —Pity tenía un buen chorro de voz—. ¿Se han enterado? El padre Eladio ha desaparecido.

—¿Qué quiere decir con «desaparecido»? —le preguntó Simonetta, cobijándose bajo un balcón.

—Nadie sabe dónde está —le respondió la señora, sobresaltada—. Desde la parroquia han llamado a la residencia del señor obispo, que es donde vive el padre Eladio, y allí aseguran que no lo han visto en todo el día. Daban por supuesto que había comido en la masía de los Dolz Tudurí y que luego había acudido a officiar el funeral, aunque les chocó que no anunciara, como siempre hace, que almorzaría fuera. Y no solo eso, sino que su coche, ese utilitario que lleva a todas partes, tampoco se encuentra estacionado donde él lo suele dejar.

—No habrá tenido un accidente... —intervino la doctora, cada vez más preocupada.

—Acaban de llamar a la Guardia Civil y parece ser que, en lo que llevamos de día, nadie ha comunicado siniestro alguno —prosiguió la mujer, mirando con atención a su interlocutora, como quien espera del oráculo la resolución de un gran enigma.

—Bueno... —A Simonetta se le pasaron mil hipótesis por la cabeza—. En ese caso, quédese tranquila, Pity. Ya verá como el padre Eladio aparece pronto con una convincente explicación. Tal vez el origen de todo sea un simple despiste y, en cuanto se dé cuenta de la que ha liado, quizá no se atreva a pisar la calle durante una buena temporada.

—¡Dios la oiga, doctora! —exclamó la mujer santiguándose.

En vista de que la lluvia arreciaba y de que, en realidad, poco más le quedaba por añadir, la doctora le hizo un gesto de despedida y, colgada del brazo de su joven compañero, comenzó a correr hasta alcanzar el coche. De ninguna manera quería

exponerse a que Consuelo Tudurí, que sentía devoción por el sacerdote, o bien algún otro de los parroquianos, imitara a la señora Pity e intentara obtener una información de la que Simonetta carecía. Además, esa misma tarde comenzaba unos días de vacaciones y quería dedicarlos al descanso en todos los sentidos, y no solo al estrictamente profesional.

—¿De verdad se cree la versión que le ha dado a la señora? —le espetó el enfermero nada más entrar en el Kia.

Simonetta meditó la respuesta.

—Me gustaría que fuera la versión definitiva.

—¿Y es la más plausible? —continuó Sergi, seguro de que la cabeza de la doctora bullía y de que ya tenía varias hipótesis dispuestas en la línea de salida.

—Sí, claro —respondió Simonetta, como ensimismada—. Es la más plausible, la más probable, la más frecuente... Pero tengo la premonición —prosiguió, ralentizando la frase— de que no va a ser la verdadera.

## 2

CON LA ENTRADA de la tarde y la llegada de la lluvia, la temperatura descendió de forma notable. Simonetta agradeció la calidez de la casa de Pau Martí, que la estaba esperando con el fuego de la chimenea encendido. Como buen hombre de mar, estaba acostumbrado a la humedad y al viento gélido, pero sabía que ella no. Desde que la conoció, desde que entró en su vida, primero como inquilina de la casita de la cala, justo enfrente de la suya, y después como amante —al pescador no le gustaba el término «pareja», que le recordaba a un par de jugadores de tenis, o de guiñote, o de la Guardia Civil— se esforzaba por agradarla, por mantener su sencilla vivienda en orden, apetecible para una mujer tan especial como ella. Con Marianne había sido distinto. Su fragilidad lo enterneció, su espontaneidad le desmontó sus esquemas de lobo solitario, abriendo sus puertas, colándose en su mundo con la facilidad de una anguila. Marianne, qué desgraciado final... De vez en cuando, aún le acudía a la mente el olor a colonia de bebés, (¿era Nenuco?), que ella esparcía por toda la casa veinte, treinta veces, con un spray que había comprado en algún bazar.

Marianne... En su recuerdo, su imagen de animalillo inocente y libre de los primeros tiempos se confundía con la mujer enferma de hachís y de soledad del final, experta en elegir, de todos los caminos posibles, el peor. Simonetta, en cambio, era la sagacidad, la tenacidad, y también la pasión. A Marianne la dejó

marchar. Sin Simonetta su vida se desmoronaría, quedaría reducida a un puñado de polvo que el viento disiparía en segundos. Adiós, Pau, este es tu fin. Porque él sabía que, tarde o temprano, ocurriría. Ella no era mujer para un pescador que vive en una pequeña isla, de espaldas al resto del mundo. Pero, mientras tanto...

—¿Sabes algo del padre Eladio? No ha acudido a oficiar el funeral. Dicen que ha desaparecido —le preguntó Simonetta nada más entrar.

—¿Cómo? ¿Desaparecido? ¿Y será verdad? —se sorprendió Martí cuando ella, nada más verlo, le contó lo sucedido.

—No lo sé, pero es una posibilidad. Lo cierto es que ha tenido que venir otro sacerdote, y él ni se ha presentado ni ha dado señales de vida.

—¿Has intentado llamarlo?

—Sí, claro, es lo primero que he hecho, pero su móvil indica «apagado o fuera de cobertura».

—Es extraño, sí. Por lo que me has contado de él, parece un hombre cumplidor. Y en la isla no hay distancias como para que se haya distraído con algún asunto y no haya podido llegar a tiempo al funeral. ¿Qué crees que ha podido ocurrir?

—Si te digo la verdad —contestó Simonetta mientras se quitaba el chaquetón—, no tengo ninguna gana de conjeturar posibilidades. Si no aparece, su localización es tarea de la policía, a Dios gracias. Yo estoy muy a gustito aquí contigo —continuó, abrazándose al pescador—, y no estoy dispuesta a echar a perder este momento, desviando mi atención hacia un tema que, para ser justos, no es de mi incumbencia.

Martí la besó levemente y la condujo al sofá para sentarse a su lado.

—¿Te dije que había quedado con él para vernos mañana?

—Claro que me lo dijiste —contestó Simonetta mientras se llevaba a la boca un par de almendras tostadas que Pau había

preparado. Desde que solucionaron su breve desencuentro como pareja, se mostraba todavía más detallista—. Y es lo primero que me ha venido a la mente en cuanto he oído la palabra «desaparecido» en referencia al padre Eladio.

—¿No te parece raro todo esto?

—¿A qué te refieres? ¿A que de pronto se esfume un cura sin dar explicaciones, o a que te cite de forma misteriosa para ofrecerte una posible información de tu anterior pareja que, por cierto, fue asesinada hace un par de semanas?

El pescador se levantó, intranquilo. Comenzó a andar por la habitación que hacía de salón-comedor con las manos en los bolsillos, meditabundo. Fuera invierno o verano, siempre vestía igual: camiseta gris, pantalones chinos del mismo color y abaracas. Variaba la longitud de las mangas y, los días en los que pisar la calle en camiseta hubiera supuesto una temeridad, añadía algún jersey de tono similar que se echaba por encima para salir. Así iba y venía de su casa al puerto, del puerto a la cofradía de pescadores y, si la ocasión lo requería, a Mahón a resolver cualquier asunto burocrático o mercantil. Y no es que poseyera únicamente una pieza de cada una de las prendas enumeradas, todo lo contrario: su armario estaba lleno de ropa monocroma bien plegada y preparada para cambiarla a diario, porque, en el fondo, tenía su punto de dandi, solo que con un toque menorquín.

—Piensas igual que yo. Todo esto no tiene lógica, y menos en un sacerdote. No era normal su relación de amistad con Marianne, que, al fin y al cabo, en mayor o menor medida, era una traficante de droga, ni tampoco la enigmática nota que me dejó cuando ya se había esclarecido la trama de su asesinato.

—¿No le preguntaste por ello?

—Sí, es lo primero que hice cuando le llamé después de recibirla. Le comenté lo extraño de su proceder, el hecho de entregar

una nota sin firmar a un camarero, en medio de una fiesta, para que me la diera a mí.

—¿Y qué razón te dio?

—Que no conocía mi dirección, que no sabía mi número de móvil y que, casualmente, me vio entrar en el Imperi, se asomó, vio mucha gente y no le pareció oportuno empezar a buscarme. Es verdad que había poca luz, pero llegar a hacer semejante teatro... Ese padre Eladio ha visto demasiadas películas o ha leído muchas novelas negras.

—¿Tan rápido se fue del Imperi, que no te dio tiempo a alcanzarlo cuando saliste a la calle?

—Parece ser que iba en coche cuando me vio. Aparcó allí mismo, entró, escribió la nota, se la entregó al camarero y se fue inmediatamente, antes de que me diera tiempo a salir. Cuando lo hice, después de leerla, es posible que divisara su coche por Es Born, pero no lo identifiqué. Recuerda que no conozco al padre Eladio en persona. Solo sé de él por tus referencias —concluyó Pau, sentándose de nuevo a su lado.

—Todo esto es muy extraño, máxime después de todo lo que ha ocurrido alrededor de Marianne. ¿Qué puede querer decirte, precisamente a ti, que ya no tienes nada que ver con ella? Una vez finalizada vuestra relación, se casó con Bernabé Dolz, tuvieron al niño y, después, fallecieron los dos, el niño y ella... Sus muertes han quedado aclaradas. Algo te adelantaría el padre Eladio sobre lo que te iba a contar. —Simonetta cada vez estaba más implicada.

—En absoluto. Y lo intenté, me podía la curiosidad, pero la conversación telefónica fue breve, se excusó alegando que estaba en la sacristía de la iglesia, a punto de celebrar la misa, y que el tema había que tratarlo en persona. Por eso quedamos para mañana. Yo le expliqué que los sábados no salgo a pescar y a él le pareció un buen momento.

«¿Llegará el día en que Marianne y su recuerdo desaparezcan de una vez por todas?», pensó Simonetta, sintiendo que, de nuevo, se interponían entre Pau y ella. Él pareció adivinarlo.

—¿Quieres que olvide el tema? Escribo un mensaje al padre Eladio excusándome y no acudo mañana a la cita.

—Debes hacer lo que consideres correcto —le contestó sin demasiada convicción—. Aunque también debes tener presente que Marianne estaba casada y, por lo tanto, ha dejado un viudo.

—Eso no tiene nada que ver —la contradijo Pau.

—¿Cómo que no? —le replicó a su vez Simonetta—. Para cualquier tema importante, el padre Eladio debe acudir a Bernabé Dolz.

—¿Cómo puedes decir eso sin saber lo que quiere darme a conocer? ¿Y si precisamente Bernabé está implicado en el asunto? Si ha contactado conmigo, tendrá sus razones para ello. Y estoy seguro de que las ha meditado antes de decidirse a enviarme la nota.

La doctora no quiso proseguir con la conversación. Podían acabar discutiendo, disgustados, después de la dulce reconciliación de los últimos días. No merecía la pena ponerla en riesgo por alguien que, en definitiva, ya solo era un fantasma.

ESTABAN TERMINANDO DE cenar cuando sonó el teléfono de Simonetta.

—Es Sergi. Tengo que contestar. —Pau hizo un gesto de resignación.

—Doctora —comenzó el enfermero en un tono de preocupación que su compañera captó al instante—, el padre Eladio sigue desaparecido.

Como Simonetta no contestaba, y después de cerciorarse de que no se había cortado la comunicación, prosiguió, no sin antes

caer en la cuenta de lo último que la doctora Brey le había dicho al despedirse: «¡Hasta dentro de una semana! *Arrivederci!*».

—Y no solo eso, hay más... —se aventuró a adelantar Sergi, que hizo una pausa antes de revelar el misterio.

Simonetta, que no podía refrenar la atracción que le originaban los enigmas, se decidió por fin a participar activamente en la conversación.

—¿Me has llamado para contármelo todo? —le preguntó al joven, adivinando sus reservas, pues solo la llamaba en días festivos o en vacaciones cuando debían tratar algo importante.

—Sí, sí, claro. Ya sabe que no me gusta molestarla sin motivo. —Simonetta había tirado la toalla en su intento de que su compañero la tuteara, aunque, en realidad, la distancia verbal que eso conllevaba no suponía la pérdida de un ápice de la confianza y complicidad que los unía.

—Adelante, pues.

En pocos minutos, Sergi le explicó que la noticia de la desaparición del padre Eladio se había aireado por toda Ciudadela, sin que nadie supiera dónde se podía encontrar. El joven sacerdote, sevillano de nacimiento, llevaba poco tiempo viviendo en Menorca, primero en Mahón y luego en Ciudadela, por lo que poca gente lo conocía; aun así, el hecho de no haber acudido a officiar el funeral de Laureano Dolz estaba dando que hablar. No era algo habitual que en una isla tan pequeña se esfumara alguien de la noche a la mañana sin dar señales de vida ni dejar pista alguna sobre su paradero. Por lo que contó el enfermero, esa era la situación en la que se encontraba el caso en ese momento.

—¿Y no pueden salir la Guardia Civil o la Policía Nacional a buscarlo? —preguntó Pau cuando Simonetta ya había colgado.

—No hasta que pasen veinticuatro horas —le contestó la doctora, recordando su no tan lejana época de forense en un juzgado—, a menos que se trate de un menor o de una persona discapacitada.

—¿Solo en esos casos? ¡Pero eso es una barbaridad! Imagínate que yo salgo con la bicicleta, acabo en un barranco con una pierna rota y me he dejado el móvil en casa.

—Hay alguna otra excepción. Por ejemplo, si el desaparecido ha dejado una nota que pudiera sugerir un intento de suicidio o si alguien ha encontrado una señal de un posible accidente... Pero, por lo general, lo dicho. Y parece ser que, en este caso, hasta dentro de unas horas, es decir, a media mañana del día de mañana, no van a iniciar su búsqueda. Veinticuatro horas después de la última vez que alguien lo vio.

—¿Y quién fue?

—El sacristán del obispado.

—¿El sacristán? Me parece que lo conozco. Creo que ha venido en alguna ocasión a comprarme pescado directamente al puerto.

—Pero la cosa no queda ahí —continuó Simonetta—. El obispo en persona, al enterarse de que no se va a iniciar su búsqueda por el momento, ha llamado al padre de Sergi, como alcalde de Ciudadela, para pedirle ayuda. Está convencido de que algo malo le ha ocurrido al padre Eladio, que no se trata de una desaparición voluntaria. Le ha transmitido su gran preocupación y le ha rogado que haga lo que esté en su mano para encontrarlo.

—Me extraña que Octavi pueda hacer algo.

—Como alcalde no, pero se lo ha encargado a un ayudante «extrainstitucional».

—A Sergi, claro —comprendió Martí.

—Al mismo. Va a darse una vuelta por ahí a ver si encuentra alguna pista. Y mañana, en cuanto amanezca, aprovechando que es sábado, volverá a intentarlo.

—¿No te habrá propuesto que lo acompañes? —exclamó el pescador, que había preparado la velada en condiciones. La intención era cenar juntos y pasar la noche en su casa. Hasta tenía ya elegida la película que iban a ver, y había puesto sábanas

nuevas. No estaba dispuesto a que se fuera al traste semejante plan por culpa de un cura al que le había apetecido echar una cana al aire.

—Nooo —respondió en el acto Simonetta. La respuesta era sincera: Sergi no le había pedido ayuda, pero conocía muy bien al enfermero, al igual que él la conocía a ella.

En otras circunstancias, sin necesidad de invitación ni de propuesta, ella misma se hubiera unido al instante y, entre los dos, seguramente habrían dado con algún rastro del desaparecido. Pero, en esa ocasión, primaba su relación con Pau y no quería desilusionarlo.